

VASCOS Y CELTAS EN LA RIOJA

POR

ANGEL SUILS

(Conclusión)

Aparece la Rioja

Sobre las citadas calzadas, herencia de Roma, habría de formarse en los tiempos oscuros de la alta Edad Media la convivencia de cultura, comercio y sangre. Por los mismos caminos habrían de venir, los bárbaros, primero, y los árabes, después; y por ellos, también se les abriría la puerta del exilio a los que no se resignaran a sufrir el yugo invasor. Los caminos estudiados señalaban para los indígenas, ante los bárbaros de Europa, la dirección de las montañas vascongadas; y ante las huestes africanas, el camino de Asturias, en tierra de cántabros y ártabros, o bien la llamada alavesa o las tierras de Sobrarbe y Rivagorza.

De todas las maneras, el modo de comportarse los naturales en ambas invasiones debió ser muy diferente. Los visigodos entran en España el año 409. Hay entonces en nuestra región unas agrupaciones raciales o subraciales que han ido olvidando su antigua vida nómada o errante. Acaso al mismo tiempo fuera desapareciendo el uso del lenguaje ibérico o ibero-vascón (1) por sustituirse por el formado por la corrupción del latín; latín degenerado o vulgar, distinto del buen latín que hacía escritores a los monjes, exclusivamente y que aún ha de amalgamarse con el de los invasores bárbaros para formar el romano-visigótico, de que nos habla San Isidoro. Todo ello terminará en el romance que irá apareciendo bajo la presencia catalítica del godo y el antiguo ibero. Decimos catalítica, porque ellos viven ante una mezcla en formación, en la que no intervienen. Más tarde

(1) Esta es la época que puede llamarse del García, porque del artza vasco, que significa oso, aparece denominativo de persona tan «castellano» como el de García.

señalaremos la mayor influencia del vasco sobre el castellano; esto sucedió más tarde, con y tras la Reconquista.

La invasión bárbara continúa en cierto modo la fase romana anterior. La tribu romanizada se sigue urbanizando. Así llega el año 587, año en que se da por permitida oficialmente la mezcla de razas entre la clase invasora y los naturales del país. En esta época Varea sigue gozando de una especie de capitalidad como denotan los documentos del obispo Silvano al Papa Hilario. Poco cambió, en fin de cuentas, en lo geográfico y en lo racial para el trueque profundo que supondría para el nativo aceptar el mando de un nuevo y desconocido dueño. Aún, si cabe, se puede pensar que la primera presión del pueblo dirigente, antes de permitirse la mezcla de razas, serviría para reafirmar más la mezcla de los elementos romanos, celto-berón e ibero vasco. Sin ser este fenómeno de gran importancia se le debe reconocer importancia, diríamos, para la «fijación de la mezcla». De este momento son las noticias que tenemos de las vidas de los santos San Feliz y San Millán, comenzando así una gran fuente de datos históricos y leyendas referentes a estos santos así como a la región que les vio nacer y santificarse. San Millán muere en el año 574, en los primeros años del rey Leovigildo.

Así cuando acontece la invasión sarracena en el año 711, los focos monásticos fundados al calor de la santidad de varones como los citados, irradian su influencia sobre extensas comarcas, lo mismo en la Rioja que en otras regiones; recogieron la división feudal primitiva de los visigodos, la que había de esperar al posterior feudalismo de la época de la Reconquista. En ellos se escriben los milagros de los santos fundadores o que indujeron a posterior fundación; más luego, van constatando en sus libros Becerros cuanto de notorio y notorable acontece en la Rioja de entonces.

Con la invasión africana la población de la región riojana se ve obligada a cambios de residencia que dividen a la Rioja en modo que no debió suceder a la llegada de los visigodos.

Si Asturias representó para la España visigoda el refugio donde se incubara el genio de la Reconquista nacional, la región que nos ocupa, debió también tener su refugio particular, ya que siempre fue muy particular el modo de convivir con sus vecinos, sin luchar con ninguno y sin identificarse del todo con ellos. La Rioja tuvo su Covadonga y, si de ella no partió el movimiento reconquistador, fue porque las cabezas que habían

de dirigirla fueron hasta Asturias, hasta donde no llegara la masa principal de población riojana por encontrar antes montes suficientemente defendibles. Los montes Distercios, Obarenes, y los de la tierra de Oca recogieron cumplidamente la masa de población que huía del nuevo invasor. En su huida se llevó lo más tradicional de su modo de ser aunque abandonando las partes de su suelo más llanas, bañadas y ricas. Navarrete y Manteli calculan en cerca de cien mil los habitantes que huyeron hacia la llamada donde más tarde se habría de fundar la actual Vitoria, llenando los muchos poblados que rendían tributo al monasterio de San Millán con su reja de hierro, cada año. Parece ser que también se refugiaron habitantes de la Navarra ribereña y aun de Aragón. Estas tierras alavesas no fueron dominadas por los árabes; Almanzor no había de llegar más que hasta Canales y la excursión de Abenadari, la más profunda, en el año 823, fue no más que un episodio. Tal fue la cantidad de refugiados de esas tierras que se tuvo que fundar una nueva diócesis en Armentia en sustitución de la de Calahorra y que duró todo el tiempo que tardara en reconquistarse esta ciudad. También se fundó una sede episcopal en Valpuesta que habría de absorber, luego, temporalmente la sede de Oca.

Con la invasión de los árabes se pierde la «monarquía» regional o la centralización que debió haber en la región desde la época de la Contrebia Leucada hasta los tiempos del ducado de Cantabria de cuya casa procedía Don Pelayo.

Con estos desplazamientos en masa la región aparece desplazada hacia su parte occidental, dividiéndose, en lo geográfico-político en tres zonas que habrían de captar influencias culturales bien diferentes.

Una de estas zonas, la oriental pasa a pertenecer al reino moro de Aragón y es entonces cuando más pierde su toponimia berona y vascona. La Calagurris antigua, principal foco del pueblo vascón, deja de serlo; sólo en el terreno eclesiástico habría de seguir siéndolo más adelante, recordando su pasado antiguo en el poder rector eclesiástico sobre los vascos de las montañas. El elemento israelita invade desde Zaragoza toda la antigua diócesis de Tudela.

Gracurris pasa a denominarse con el arábigo nombre de Alfaro, si no es esta ciudad de nueva fundación, aunque edificada bien cerca de la anterior, que ello no puede asegurarse. Su nombre árabe era Al-faruh.

Son muchos los poblados que reciben nuevo nombre con el

que han llegado, muchos, hasta nuestros días. Albelda procede de Al-baldah, según unos, que quiere decir: la villa, aunque para otros provendría de Al-bayad, significando: la blanca.

En algunos documentos parece este pueblo muy relacionado con Viguera, tanto que se podría dudar cuál de ellas sería la verdadera Albelda. Pudo ser ésta la denominada Albelda de Abajo y ser la otra, la de Viguera, la Albelda destruída por el rey de Asturias por tener un valor estratégico que al rey astur quitaba el sueño abandonar sin destruir.

Al-barid (la posta) es el, hoy, Alberite. Al-kanadir se llama hoy Alcanadre, Al-hamah, como Al-margah, en Almarza, significaban fuente termal y prado, respectivamente.

Al-sufrah es Azofra que quiere decir el tributo, (¿el de las cien doncellas?). Al-zarurah es Azarulla, o sea, el acerolo. Maave o Mahave, indicaba cesión de granos o granero y Nájera, castillo de águilas, en la parte más fronteriza.

Pueblos como estos, cuya lista podría ser mucho más extensa, formaban lo que para los árabes fue su Tsaguer-al aksa, indicando con esta denominación, un concepto nada nuevo de tierra fronteriza; fronteriza siempre. También se le llamó: Welled-Assiku, que quiere decir tierra de acequias. Así se enterró en la Rioja Baja su pasado indígena con la denominación de los soberanos de Córdoba, con los reyes de Zaragoza o con los caudillos locales más o menos independientes.

Pero también había, además, una frontera en este país frontera todo él. Nos referimos a la zona que va desde el Leza o el Iregua, según los años, hasta las tierras najerinas. En esta zona la toponimia es ambigua, o, como en en el caso de Larde-ro, hebrea. En ella los pueblos pasarían de una a otra mano y, acaso, quedarían como una insegura «tierra de nadie» al empezarse a dejar sentir por la Rioja las primeras correrías astures o navarras. Lo mismo llegaba a ser árabe la ciudad de Nájera que los habitantes de Viguera, súbditos de Muza II, de Zaragoza, eran pasados a cuchillo por el rey Ordoño I de Asturias, lo que da a entender que plazas fronterizas como ésta estaban ocupadas por elementos guerreros, y no por naturales del país.

Pero ¿dónde estaba el elemento típicamente indígena que no se había mezclado en vida y en sangre con el sarraceno, en la parte más oriental de la región? La parte más occidental, la región montañosa, había recogido la emigración, como antes dijimos. Además de los montes Distercios, de Oca y Obarenes, ocupaban la llanura del valle de Mena, y la región de Tobalina.

Aquí se conservó el espíritu anterior de la región y, por tanto, no tuvo que «vasquizar» los nombres de sus lugares sino que se limitó a conservar cariñosamente los antiguos.

Los árabes vigilaban desde las alturas estratégicas las fértiles tierras del llano; los naturales recogían su fe en los abruptos monasterios de la serranía. Una vez más, el español «se echó al monte». Entonces nace en la historia esa separación que hoy damos a entender cuando diferenciamos Rioja Alta de la Rioja Baja.

Los árabes jamás ocuparon la Rioja más allá del río Tirón y el Oja, ni pasaron de Nájera y Canales. Una invasión árabe posterior a las antes señaladas, la de 965 afectó a los llanos alaveses pero sin entrar en territorio verdaderamente riojano. La línea de resistencia al invasor fue la de sus montañas y monasterios que seguían acogiendo a los refugiados de la zona árabe. Más tarde, mediado el ochocientos, se tiene noticia de la formación u organización de castros antiguos o nuevos como línea de demarcación en la Rioja, entre la cruz y la media luna. El castro de Lantarón es fundado cerca del Logroño actual por el obispo de Valpuesta Falmiro que tenía bajo su protección la marca de Miranda. Poco más tarde tenemos noticias por el Becerro Emilianense que otro obispo, Don Sancho, fundaba el fuerte de Pazuengos con la misma finalidad que el anterior.

La cultura árabe y la indígena se miraban frente a frente, risco a risco, torres con minaretes. Así pasaron los años hasta que asomó por la Rioja la ayuda definitiva de los reyes de Asturias. Se rompe el silencio de la invasión y suenan los vientos de romance de la Reconquista.

Aquí aparece, para nosotros, la verdadera fundación de la Rioja. Anterior a la que llamamos verdadera fundación de Logro, con su Fuero. No será desviarnos del hilo de nuestro discurrir, si dedicamos unos momentos al origen real y nominal de la Rioja. Todos saben cuanto se dice sobre lo oscuro del origen de esta denominación. Esto, y una especie de coincidencia con la existencia del río Oja en nuestro territorio, cortaba toda fantasía para otras explicaciones diferentes.

Según nuestra hipótesis particular, la denominación de Rioja, para esta región, coincide, en el tiempo, con los años de repliegue montañoso de la población y el comienzo de los trabajos de reconquista de la misma. Son los tiempos del rey Ordoño y de Ramiro; luego de Alfonso el Casto (año 755, según el Ajar Machmua); los refugiados de los Montes de Oca u Oxa bajan

hacia la ribera a aprovechar los cultivos de los invasores. Habían denominado a su región de refugio: Oxa. Más tarde aparecen los señores de Oxa. En el siglo noveno aparece un Señor de Toca en esta región de Oxa o de Oca que, bien puede ser la misma en extensión desde el río Oxa u Oja hasta el Oca, hoy día más burgalés que riojano. La nueva región de las riberas del Ebro, reconquistada y perdida en muchos vaivenes de la fortuna guerrera, la parte no montañosa de las tierras de Oxa, sería llamada la Oxa del Río, lo mismo que la primitiva región montañosa daba su nombre de Oxa a su río. Empezó a haber la Oxa de la montaña y la Oxa del río. En resumen: que no fue el río Oja el que diera el nombre a la nueva región sino que fue el Ebro, una vez más, el río por antonomasia, que dió nombre de ribera de la región de Oxa a la conquistada por los refugiados en las montañas de Oxa a cuyo río primitivo y humilde habían bautizado ya con el nombre de la región.

Con la aparición de la influencia astur sobre la nueva Rio-oxa, en embites de invasiones y campañas, quedaba un foco permanente de reacción guerrera y cultural en el Monasterio de San Millán que iba aumentando en forma de concesiones reales por toda la región riojana. Más posteriormente se forma el de Albelda. Llegando a irradiar con los años hasta las puertas de Soria, Pamplona y Santander.

Posteriormente, como fenómeno de reconquista también, aparecen las invasiones de los navarros, como la del año 924 del rey Sancho de Navarra que toma Viguera. Más tarde ocurre la invasión de la Rioja por los condes de Castilla cuya sede, anterior a la burgalesa, era prácticamente riojana. Y, luego, la invasión de tropas del reino de Aragón termina por revolver la mezcla regional casi definitiva de los que fueron cántabros coniscos, celtas berones y vascones.

En la reconquista, y aun después, va apareciendo una infiltración de vascos lenta e individual, de los vascones que buscan o añoran las tierras de sol y de cultivo. Este movimiento se continúa en nuestros días y es reponsable de la reaparición, en la Rioja, de los apellidos vascos, tan frecuentes, pero muy distinta de la conservación de apellidos y toponimias que perduraron a través de la época musulmana.

Y volviendo un poco al idioma que en nuestra región se usara, insistamos en la existencia de focos en que se usó hasta muy tarde el idioma vasco y que para muchos investigadores serían verdaderas regiones vascas que se aislaron del grueso de

sus hermanos de raza, pero que, aun en tiempos bien modernos, tenían derecho a expresarse en vasco ante el Consejo de Castilla. Alrededor de estos focos de la parte occidental de la región se debió hablar el vasco de entonces o el muy análogo ibero de los pueblos celtas ribereños del Ebro —ya dijimos que hasta con los astures, la minoría dirigente, se reconoce por Schuten como ibérica, anterior a la mezcla celtibérica—; junto a ellos, núcleos de cultura únicos entonces, mantenían el más puro latín en sus monasterios; entre ambas fuerzas lingüísticas, el pueblo empezó a corromper el latín monacal y formar el latín vulgar que no vemos usado entre los escritores latinos de entonces. El romano visigótico vino a alejar más el idioma usado, de su apariencia primitiva y, así, del ibero-vascón se vino a parar en lo que desde el año ochocientos al mil se habría de tener como lengua romance.

Si bien pueden negarse muchas de las pruebas demostrativas de la igualdad del vasco antiguo y del ibero, éstas, no son todas y pueden aún intentarse afirmar su similitud. Sólo conociendo el vasco actual y lo que hoy sabemos de los alfabetos ibero y turdefano, se pueden traducir muchas de las pocas inscripciones de lápidas y monedas de los pueblos ibéricos y celtibéricos.

Mucho esfuerzo nos cuesta, en este momento, no transcribir aquí todas las lecturas que, de estos distintos testimonios históricos, contienen las publicaciones de Cejador. Miedo a salirnos del tema impuesto. No sólo para demostrar cómo pueden traducirse, con el vasco actual, tantas inscripciones encontradas, algunas, en el reino de Valencia, sino para confirmar el parecido de temperamento y carácter, el «arlotismo», entre aquellos habitantes de la Valencia de hoy y los vascos actuales de nuestras provincias vascongadas.

Preferimos, por hoy, quedarnos con un ejemplo más sencillo; el de la piedra descubierta a mediados del siglo pasado, en Barcelona, por el Sr. Paluzie. Este autor la lee: «Ni ine licer guina», que traduce como: «Yo soy el criador de estrellas». No es preciso un apasionado esfuerzo para aceptar como probable esta traducción recordando la analogía del personal «ni» con el «ni» o «nik» vasco actual; el «ina» con la flexión verbal actual «naiz» de la primera persona de indicativo. También podría creerse una muy cercana relación entre el «licer» y el «izar»; estrella, en vasco, así como el «guina» evoca el actual verbo «egin» que significa hacer.

El curioso deberá leer los ejemplos de Cejador. Independiente de la actitud que se tome con el vasco-berismo su traducción, por el vasco actual, resulta sugeridora en extremo sobre el temple de aquel pueblo que así redactaba sus epítafios y así ponía en sus monedas, no el nombre de su región, sino las características más poéticas de su naturaleza. Algo se puede adivinar en todo ello de cómo podría vivir el pueblo que así tenía su concepto de la muerte.

Quedemos nosotros sólo, en que lo que hoy llamamos vasco procede de una lengua que resistió al latín localizándose en las montañas de la Vasconia actual, lo mismo que otras que se hablaron en la región de penetración más alta y más occidental de los iberos que llegaban desde el levante español, bordeando las orillas del río ibero para formar minorías rectoras en pueblos celtas más numerosos pero menos guerreros que, de por sí, jamás hubieran sabido agruparse bajo un caudillaje. Caso de no gustar esta suposición tan probable, queda otra que no lo es menos: que en nuestra región que apenas entró el celtiberismo, hubieran entrado los idiomas y alfabetos ibéricos con los pueblos iberos de procedencia aragonesa de los cuales, el que hemos llamado vascón pudiera ser, sólo, el último de ellos.

Sea como fuere, que más no nos es lícito asegurar, aparece en la parte occidental de nuestra región, en la que se resistió a la penetración sarracena, tal frecuencia y abundancia de voces de origen vascón que unas, no precisan ser traducidas al vasco actual y, otras no podríamos hacer su traducción a no ser que poseyéramos el vasco antiguo, el que ya se perdió hasta en las actuales provincias vascas.

Esta zona puede extenderse, por el momento, en nuestra descripción de hoy hasta el pequeño poblado de Recao. Este nombre quiere decir ruinas, en vasco (1); no le falta más que la e que los vascos de hoy día exigen para que ninguna palabra empiece por r. Pero, ruinas, ¿de qué?; recuérdese, por si acaso, su proximidad a la Contrebia Leucada.

Por el sur, junto a las ruinas numantinas se halla el pueblo soriano de Garay o Garray, que de las dos maneras se escribe sin unanimidad. ¿No es extraña una denominación tan poco «castellana» y tan al sur? Parece decir victoria, en vasco; y esto en un pueblecito que se formó junto a las, por tantos siglos ocultas, ruinas de Numancia.

(1) Erreka-jo, y no erreka, que significa arroyo, riachuelo.

Ejemplos como estos fácilmente se pueden prolongar hasta las provincias catalanas y, en la meseta central, en la misma provincia de Guadalajara.

Pero ciñéndonos al macizo montañoso en el oeste de nuestra Rioja, la zona de nuestra preferencia actual, encontramos nombres como Galbárruli, Herramélluri, con sus ruinas de castillo con cuatro torres, en la antigüedad; Olhaerrea o Santa María la Real de Herrera; Bardauri; Cihuri, con puente desde el siglo XIII; Sajazarra, con abades propios desde ese mismo siglo; Zarratón, junto al río Zamaca; Ollauri, junto a Briones; Ochánduri, cerca de Cuzcurrita, aunque en la Edad Media se dijera: Ogganduri; Bascuñana, Santurde, Santurdejo, Badarán; Fonzaleche en los montes Obarenes. Otro monte: el Chilizarras; Solduengo, más alejado de nuestra actual provincia, hacia La Vid; Ochánduri, Zorraquín etc. etc.

Hay un pueblo como el de Ojacastro (castro de Oxa) que entre sus barrios titula a dos de ellos como Amunartia y Arviza. Pero sobre todo Ezcaray lleva en esto la palma de la significación; sus barrios se llaman: Altuzarra, Zaldierna, Turza, Urdán, Cilbarrena, Bonicaparra, Azarrilla y Ayabarena.

En lo referente a apellidos conviene no exagerar teniendo en cuenta que, verdaderamente como tales, no se usaron hasta pasado el siglo XV; pero es curioso meditar en ellos para observar que no siempre se hicieron sobre raíces en que podríamos encontrar el vasco actual. Sin embargo, por sabe Dios qué recónditos motivos se fueron caracterizando con una terminación que la hace muy típica, de la región, en momentos de alguna independencia cultural. Es típica, en ellos la terminación «ano», tan celta. Trevijano, con la raíz treb de que hablábamos anteriormente; Sorzano, Zorzano variante casual o fonética del anterior, Anguiano, Solano, Medrano, Zenzano etc. etc. La terminación «ano» común para los habitantes de Castilla y Rioja acaso proceda de las mismas montañas.

Y quede no más que citado, en este momento, mi intento de hacer un día el estudio lingüístico del lenguaje emocional e interjeccional en la Rioja, punto en que se nos caracteriza como tan extremados. Sólo adelanto que abona la tesis anterior. Este lenguaje, el menos cerebral y racional ha sido el menos influido a través de los cambios culturales, a través de la historia y es el que todavía delata más involutariamente actitudes y reacciones temperamentales que nos vienen de antiguo. Este común lenguaje emocional se podría referir a la zona de la terminación

«ano», con centro en la Rioja, rodeada por Zaragoza, Soria, etc. Una zona como la de la «mistela», de Menéndez Pidal; o bien, una región con terminación de apellidos muy peculiar como sucede en las naciones balcánicas.

Henos aquí en el verdadero final de nuestro relato; en el punto en que más queremos avanzar hacia los tiempos modernos. Entonces, ni aun en las crónicas del moro Rasis, se habla de la existencia de Logroño.

Más tarde vendrá la injertación al movimiento cultural europeo. El sentido religioso de nuestra cultura que antes hubo de estar recluso en los monasterios del occidente de la región y en las diócesis de los Montes de Oca, ya en la séptima centuria, se ve atravesado por las emigraciones y peregrinaciones de toda Europa que recordaban a nuestros ascendientes su primitivo origen europeo-celta, a más del romano, del ibero-africano o ibero-vascón.

APÉNDICE

Pero la inteligencia humana es insaciable y no se quiere detener en lo consignado últimamente que procede de los documentos escritos de la Historia y busca en las ciencias prehistóricas cuanto no le es dado conocer con seguridad histórica. Discurramos, pues, para terminar, con ayuda de la ciencia, utilizando de ésta los humildes detalles que arroja, limpios de duda, sin énfasis ni pedantería científica.

Se trata, pues, de decir algunas palabras finales sobre el origen de las razas que habíamos encontrado al final de nuestra descripción según los datos de la Arqueología y Antropología prehistóricas.

Del hombre terciario y del tipo de Neanderthal nada hay que pueda señalarse para nuestra región. El estudio de los hallazgos del niño y de la mujer de Gibraltar tampoco dan datos para colegir nada sobre nuestros primitivos ascendientes. Para el Padre Barandiarán, la quijada hallada en Isturiz, en la parte francesa del país vasco sería un resto neanderthaloide. En Álava también parece haber sido descubiertos restos humanos correspondientes al período tardenoisiense. Nosotros no podemos ni debemos pronunciarnos en estas cuestiones que para el citado investigador serían los restos de un pueblo prevasco.

Pero podemos tomar origen en nuestra ojeada prehistórica a partir de una raza afín a la de Cromagnon en tiempos del neo-

lítico que, por el tipo de vida entonces en nuestra península, se le puede suponer uniforme para toda ella antes de las primeras inmigraciones que vamos a enumerar.

Podría esperarse que en los terrenos de rocas calizas de la Rioja se hubieran encontrado las mismas riquezas espeleológicas que en otros terrenos calizos; pero, o no las tuvieron jamás o, lo que es más probable, quedaron demasiado al alcance de las profanaciones de todos los tiempos. Así pues, sólo a partir de los períodos del Neolítico y de Eneolítico tenemos algunos hallazgos cotizables como los del Aurifiaciense de la cueva de Santimañe, en Cortezubi (Vizcaya); o también la de Aresti, en Ereño, bastante más moderna, o la de Zabalaitz, en Aizgorri. Parece que esta raza se pudo expansionar hasta Burgos, en el pueblo de Palazuelos de Cuesta Urría. Mas, en Álava y Navarra, nada se ha encontrado todavía. La misma Rioja nada ha dado de interés, ni siquiera en las cuevas de más fácil acceso como la de la Miel o la Lóbriga; acaso por esa misma razón, como ya hemos señalado. Recojamos, de todos modos, esta ausencia como posible nota característica de algún fenómeno geológico o histórico que no nos atrevemos a consignar.

De todos modos, en el Eneolítico, que empieza unos tres mil años antes de J. C. acontece un fenómeno que podríamos decir universal. En este momento pueden considerarse como terminadas las culturas aisladas (Período de las Culturas Aisladas). En la Arqueología se localiza aquí la aparición y difusión del vaso campaniforme y de las alabardas que caracterizan a la llamada cultura almeriense, de origen decididamente peninsular y que, a poco, habría de generalizarse por Europa.

Aparecen ahora las primeras invasiones de los pueblos preceltas, por llamarlos de alguna manera que no prejuzgue su naturaleza u origen. Entonces y al final del Eneolítico se encuentran ya en la Rioja y tierra soriana la cerámica campaniforme sustituida por la puramente argárica del núcleo almeriense. Es la época del comienzo del cobre, unido, todo lo más al estaño, pero todavía sin formar el bronce. Es la época de gran esplendor de la cultura dolménica, aunque para los fines que nos interesan ahora no sepamos afirmar si tal cultura dolménica vino con los preceltas o si fuera la última manifestación del pueblo indígena anterior. Particularmente creemos más en la anterior primera suposición, ya que tenemos inclinación a pensar, que los primitivos naturales vivían en forma casi matriarcal pero con un género de vida más propio de un pueblo cazador y pastor. Mu-

cho se ha hablado sobre todos los matriarcados para pueblos agricultores; aquí sólo decimos de un estado más matriarcal que lo que se concede para otros pueblos pastores y cazadores; un pueblo análogo al que los romanos vieron en los beribraces que se alimentaban casi exclusivamente de ovejas y de su leche.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que, a poco, se nos presenta otro hecho inquietante para nuestra curiosidad: la enorme prodigalidad megalítica de toda la región pirenaica, y más aún la occidental, con una limitación tajante, con su ausencia, en la región que se extiende desde los Montes de Cantabria hasta los Cameros. ¿Qué pudo haber pasado para una limitación tan neta y concluyente?

Por sus hallazgos se trata de un pueblo lleno de los sílex más perfectos que aparecen viviendo con otros núcleos de culturas muy diversas, de procedencia ultrapirenaica pero que se detienen antes de llegar a la fosa tectónica del Ebro.

Ciento siete dólmenes se llevan vistos, hasta ahora, en la zona pirenaica española, que, añadidos a los setecientos del suroeste francés, indican una unidad cultural que extraña no bajara más, en su momento álgido de expansión; acaso por ser exclusivamente dado a vivir entre montañas; cazadores o guerreros, pero nunca agricultores. De todos modos se les ha de tener como representantes de un tipo de cultura más elevado que el de los pueblos labradores que no dejaron su huella por la tierra que pisaron.

En los seis dólmenes de Aizgorri, con restos de utilización del cobre y en los veintiocho de la sierra de Aralar se han visto dientes de origen negroide.

Hasta esta época aparecen enterramientos individuales y en cuclillas. Desde ahora empiezan a aparecer enterramientos colectivos; algunos tienen puestos los cadáveres, en círculo como en el dolmen de Urbilde en el que aparecen treinta cadáveres puestos alrededor de un centro, lo mismo que en la cueva de los Murciélagos de Granada.

La diferencia cultural entre núcleos raciales próximos y vecinos es, como ya quisimos decir, extraordinaria en esta época. No hay comunicación alguna entre el núcleo cantábrico de Altamira y esta franja de los dólmenes pirenaicos, así como entre ésta y el silencio de la llanura riojana que recibe alientos culturales del sur y este de la península, como en los tiempos de la inmigración ibérica.

Los iberos aparecen en nuestra península dos mil años antes

de J. C., pero no llegaron a la Meseta hasta el año trescientos, según Schulten. De todos modos, sí puede asegurarse que eran de origen africano, libio o bereber. Tardaron mucho en llegar a la Rioja y utilizando los mismos caminos de la influencia del vaso campaniforme y de la cultura del Argar. Cuando decíamos que se señalaba su límite de penetración hasta la Venta de la Rufina, nos referíamos al pueblo ibérico en masa, pues hay muchos indicios para pensar en la infiltración aislada de muchos de sus miembros entre las tribus del norte donde constituyeron una minoría más cultivada y rectora.

La época argárica de los hermanos Siret es la del bronce arcaizante. En ella los enterramientos son totalmente colectivos y podemos dividirla en una época de predominio completamente ibérico y otra algo posterior en que la cultura argárica es utilizada por elementos de la familia celta. Estos celtas reciben la cultura argárica y ponen por su cuenta la utilización del bronce en gran escala, que ha de durar hasta el período hallstático que introducirá el hierro. Un modo de reconocer al grupo celta por los enterramientos, es porque en ellos persiste el enterramiento individual, en contra de las costumbres ibéricas. La cueva de Ocenilla, en Soria, es de este período de utilización del bronce.

En la cultura de los megalitos debió tener mucha importancia el oro; incluso con anterioridad al bronce y cobre ya que es el único metal que se encuentra con su peculiar atractivo metálico, en estado nativo. Quizá contrastando este hecho con la ausencia de este material, en el estudio de los dólmenes, se pueda llegar a la fácil conclusión que la pasión de este metal por la humanidad de todos los tiempos, haya sido la causa del espolio de todas las sepulturas megalíticas.

* * *

Otro pueblo hizo su entrada en la Península por aquellos tiempos del comienzo de la edad del bronce, acaso un poco antes; llega sobre el dos mil a. d. J. C. y alcanza toda nuestra región. Se les llama ligures; pueblo esencialmente marino, debió llegar directamente por el río. Para algunos autores, aunque sin convenir en la unanimidad, se les tiene por pueblo germánico que tuvo su momento de mayor expansión en los finales del Neolítico.

Para algunos, los vascos o los prevascos: vádulos, caristios etc. etc., serían de origen ligur. Nosotros, que no aspiramos

a ser los que resuelvan el arduo problema del origen extrapeninsular del vasco, si creemos que no hay inconveniente de aceptar esta tesis para esas razas prevascas que, al unirse con los vascones del centro del Pirineo, harían de esta raza nómada un pueblo sedentario y de aficiones marineras. De esta manera empieza a no parecer tan inverosímil las, por lo demás, patentes similitudes entre el vasco actual e idiomas como el copto, nubio, egipcio (Schuchardt, Charencey, Giacomino, von der Gabelentz), por un lado; y por otro, con el tronco uralo altaico que, en el final del Neolítico, usaba una raza de cara triangular (R. Dixon, Uhlenbeck, Montandon, y el mismo Humboldt). Los ligures del lado francés estarían representados por los ambrones. (Dada la discutida índole del problema, hemos creído conveniente profanar con algunas citas de autores nuestra premeditada sencillez expositiva).

* * *

El otro pueblo de densidad más importante para la formación de nuestra población regional es el pueblo celta. Mejor diríamos los pueblos celtas. Es segura una primera invasión celta por el Pirineo oriental: por Cataluña. Se les siente en España desde el año mil. A éstos ya no se les puede llamar preceltas, pero sí protoceltas, y llegaron por el sur hasta el territorio que luego se llamarían pelendones, por el año seiscientos antes de J. C. Encontrarían allí a los pelendones o ellos mismos formarían este pueblo.

La llegada de estos primeros celtas empieza por modificar el género de vida; ellos son los que terminan con la antigua costumbre de pastoreo pobre, de naturaleza bosquimana y la sustituyen por la denominada cultura de los «urnenfelder», entre el novecientos y el ochocientos, mucho antes de la época del hierro, que se da por comenzada hacia el seiscientos cincuenta. Los aluviones de inmigración celta se van sucediendo desde la señalada como primera inmigración. Todas ellas debieron obedecer a una gran presión de otros pueblos que les acosaban desde el centro y norte de Europa, obligados, a su vez, por los últimos cambios de las condiciones climáticas, las sobrevenidas desde la última glaciación de Würms hasta el llamado óptimo climático actual. También cabe pensar, que vinieran atraídos por la considerable cantidad de metales que hacían de nuestra patria, entonces, el paraíso del hombre.

De todos modos, es obligado señalar una segunda inmigración celta muy independiente, de las que ya habían hecho su entrada en nuestro solar. Me refiero a la acontecida en el siglo VI antes de J. C. (para algunos autores: tercera inmigración) debió ser la más importante; no le faltó más que la novedad que supuso la primera. Entraron por el Pirineo central y oriental.

El foco de esta inmigración parece señalarse en Bélgica, con bastantes visos de realidad, y es la que más contingente dejó en la Rioja. A ella consideramos como tronco de nuestros berones. Acaso empujarían hacia Galicia a los celtas más viejos de nuestro territorio nacional. Algunos los identifican como los ilirios, pueblo afín al de los galos franceses y gálatas. Por medio de ellos adquirimos nuestro cincuenta por ciento de sangre europea. Acaso ellos trajeran de centroeuropa su diosa Contrebia.

El período de mayor expansión del tronco celta es por el año trescientos cincuenta, cuando unos u otros celtas parecen llegar a Galicia. La gran expansión del pueblo ibérico fue más posterior. Los libio ibéricos de origen capsiese llegaron a Calahorra y separaron los celtas peninsulares en el núcleo noroeste y el central. Después, los celtoberones aislados de los galaicos, que conservaron la mayor pureza celta primitiva, inician su mestizaje con los vascones y los iberos vascones, así como con el cántabro y romano.

